



FUE UNA TARDE DE PRIMAVERA cuando el sexto sentido de Sherman Holmes lo llevó calle principal abajo, y luego lo dejó dentro de un callejón. Sherman enseguida se dio cuenta de que estaba a unos pasos de la trastienda de su restaurante favorito, La Doncella Británica.

—Estupendo. En cuanto haya resuelto el crimen que me está esperando aquí, haré una reserva.

Pero cuando Sherman vio la escena que había ante él, sintió que se le caía el alma a los pies.

—Esta noche no habrá Doncella Británica —se dijo.

Allí en el callejón, directamente detrás de la entrada de servicio del restaurante, yacía el cadáver de Henry Bull, propietario y chef. El cuchillo todavía estaba clavado en su estómago, hundido hasta la empuñadura y rodeado por una húmeda mancha escarlata.

Tres hombres contemplaban al muerto. Sherman los conocía a los tres.

—Buenas tardes, mis queridos señores.

—Señor Holmes —dijeron ellos casi al unísono.

—Ya les dije que vendría —dijo uno de ellos, dirigiéndose a los demás—. Tiene fama de aparecer en las escenas de los crímenes.

Sherman asintió.

—¿Alguien ha tocado el cuerpo?

—No —dijo Garth, el jefe de camareros—. Íbamos a empezar a trabajar. Llegamos aquí prácticamente al mismo tiempo y nos encontramos con esto. Yo diría que ha sido un atraco.

—He llamado a la policía con mi móvil —dijo Hugo, el jefe de cocina—. Deberían estar aquí en cualquier momento.

Sherman se inclinó para examinar el cuerpo.

—¿Ese cuchillo proviene de la cocina del restaurante?

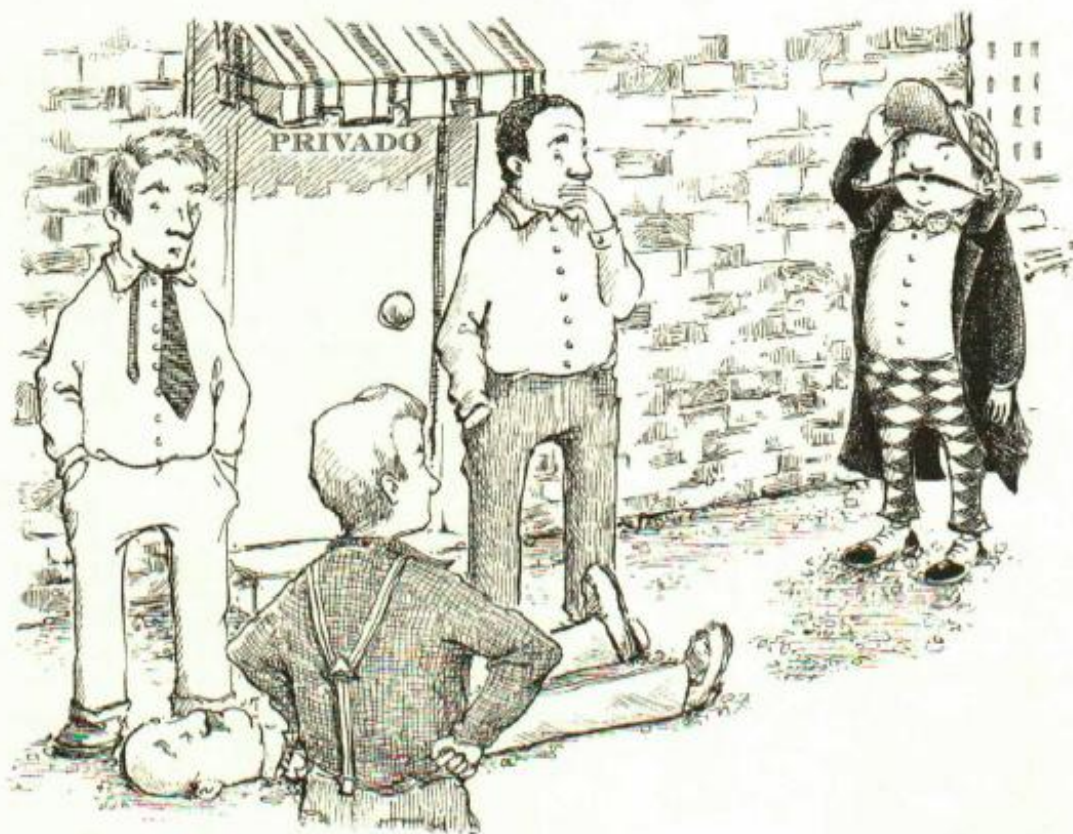
—Oh, sí —dijo el tercer hombre, inclinándose a mirar. Joshua era el chef que se encargaba de la repostería y el pan; el mejor de la ciudad, en opinión de Sherman—. Todos nuestros cuchillos tienen esos mangos negros.

—Así pues, la persona que atacó a Henry Bull tuvo que estar en la cocina antes del ataque.

—Eso parece —dijo Hugo—. Yo compruebo el equipo cada noche antes de irme. Anoche ese cuchillo de hoja corta estaba colgado junto con todos los demás. Quienquiera que haya matado al jefe tiene que haber estado dentro del restaurante hoy.

Garth frunció el ceño.

—O quizá Henry estaba dentro y oyó un ruido aquí fuera. Quizá agarró un cuchillo, salió y sorprendió a un ladrón cuando intentaba entrar.



Sherman sacó una lupa de su bolsillo y fue hacia la entrada de la cocina. No vio señales de que la hubieran forzado y no había marcas alrededor de la cerradura.

—¿Se llevaban ustedes bien con el señor Bull?

Los tres hombres se miraron.

—Lo que está preguntando es si alguno de nosotros tenía una razón para matarlo —dijo Joshua—. Quizá uno de nosotros lo mató.

—¡Josh! —Garth parecía muy afectado por la falta de discreción del chef—. Tiene usted que entenderlo, señor Holmes. Todos los restaurantes tienen su pequeña porción de robos. Los bistecs desaparecen de la nevera; los amigos son invitados a tomar una copa gratis en el bar. Un propietario ya se lo espera. Pero Henry sospechaba que lo estaban robando a gran escala, según decía él. Varios empleados tienen llaves de La Doncella Británica, incluidos cada uno de nosotros. Henry pensaba que el ladrón llegaba temprano y retocaba los libros para ocultar su crimen.

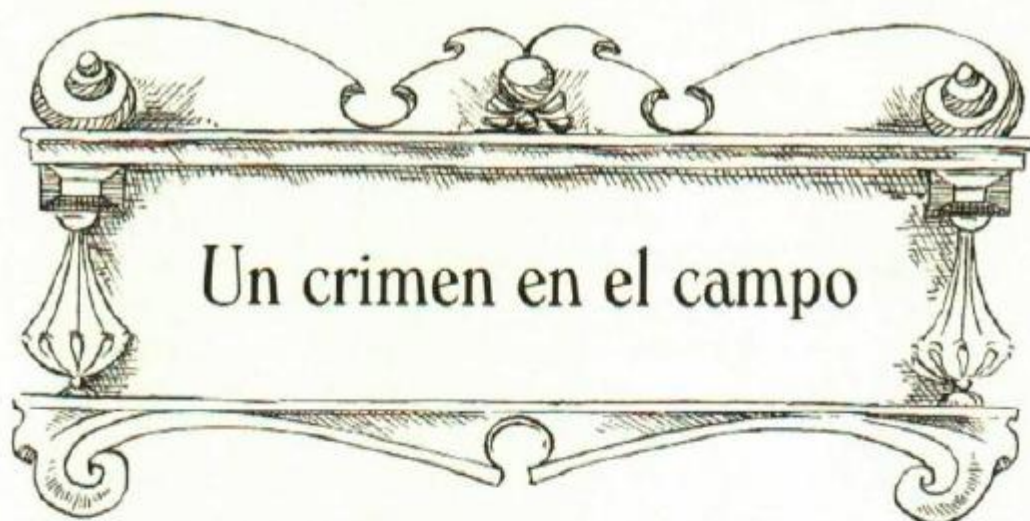
—Probablemente eso fue lo que ocurrió —dijo Joshua—. Henry sorprendió al ladrón en flagrante delito. Discutieron y empezaron a pelear, y luego posiblemente continuaron la pelea aquí fuera. —Se calló cuando el sonido de sirenas creció en la lejanía.

—Sí —dijo Sherman—. Supongo que tiene usted razón.

El crimen había dejado de preocuparlo. Esa parte era fácil. Ahora lo que lo preocupaba eran sus cenas futuras. ¿Sería La Doncella Británica capaz de sobrevivir sin su propietario, y sin uno de sus empleados clave? Sherman esperaba que así fuera.

¿Quién mató a Henry Bull?

¿Que indicó a Sherman quién lo había asesinado?



—ÉSTA ES LA RAZÓN por la que soy un chico de ciudad —dijo el sargento Wilson con voz malhumorada mientras empezaba a quitarse centenares de pinchas de las perneras de sus pantalones. Él y Sherman acababan de atravesar un campo sin cultivar repleto de zarzales para llegar a la escena del crimen, la orilla de un río que separaba dos granjas vecinas.

—Supongo que podríamos haber venido hasta aquí en coche —dijo Sherman, sin prestar atención a sus propias pinchas—. Como han hecho esas personas de ahí.

Estaba contemplando dos vehículos, una camioneta y un tractor, estacionados sobre la hierba a unos metros del cuerpo.

—Ya hay suficiente contaminación de la escena del crimen sin necesidad de que nosotros contribuyamos a ella —dijo Wilson—. Además, usted necesita hacer ejercicio.

La víctima, un hombre de mediana edad que vestía un mono de trabajo, podría haber estado echando una cabezada a la sombra del sauce llorón, de no ser por la delatora presencia del charco rojo que se había formado sobre la orilla del río. Un desmontador de neumáticos manchado de sangre estaba tirado en el suelo a cosa de medio metro de su cabeza destrozada.

—Ése de ahí es Earl, mi hermano —dijo un hombre de aspecto similar que también vestía un mono de trabajo.

El hombre se presentó como Billy Bob Lowry. Billy Bob y el fallecido habían llevado la granja y compartido la vieja casa con su hermana pequeña, Glenda. Billy Bob y Glenda estaban de pie

en la orilla junto con Amos Kincaid, su vecino de la granja del otro lado del río.

—¿Cuándo vio con vida a su hermano por última vez? —preguntó el sargento.

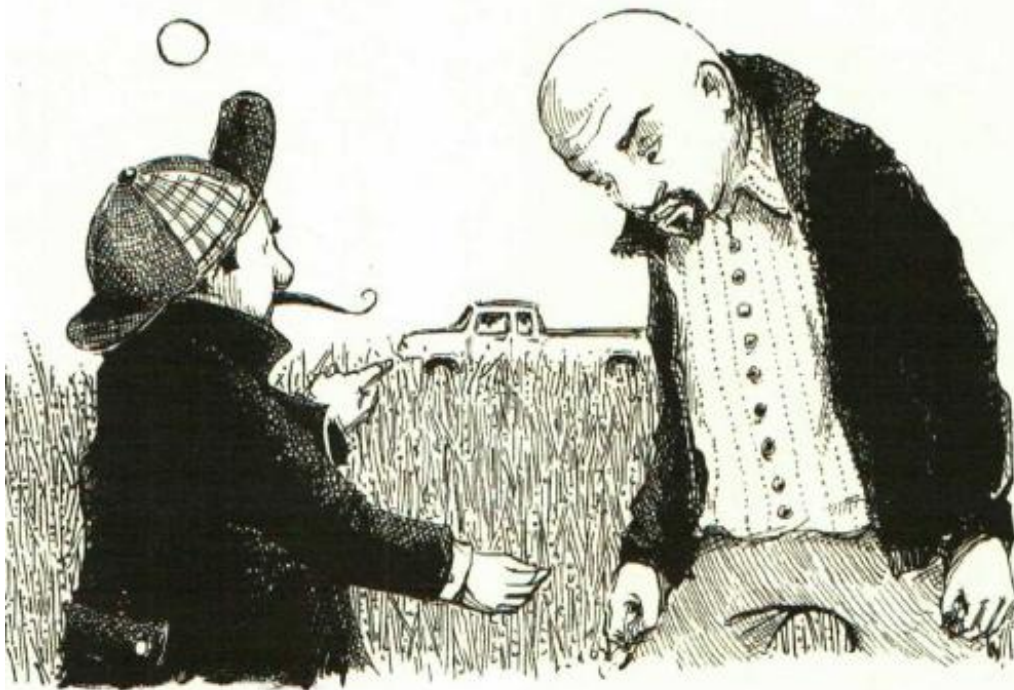
—Yo estaba en el granero al otro lado de la casa. —Billy Bob señaló la estructura que se alzaba más allá de los acres sin labrar que había ante ellos. Sherman pudo ver el coche del sargento Wilson en el sendero y el techo de un granero rojo detrás de él—. Pasé toda la mañana trabajando en el tractor —añadió Billy Bob—. A eso de las nueve miré hacia allí y vi que Earl subía a su camioneta y se iba. Había alguien en el asiento del acompañante, pero no pude ver quién era.

—¿Hombre o mujer?

—No lo sé. Sólo vi la silueta de una cabeza encima del asiento.

—Que yo sepa, no teníamos invitados —dijo Glenda en voz baja al tiempo que pasaba las manos por la pulcra superficie negra de su falda—. Esta mañana yo estaba guardando unos encurtidos cuando se me terminaron los recipientes. Tendría que ir al pueblo. Vi la camioneta y fui a subirme a ella. Entonces fue cuando encontré a Earl, muerto tal como está ahora.

Wilson metió la cabeza dentro de la furgoneta para echarle un vistazo al asiento del acompañante.



—Haré que los chicos del forense le pasen la aspiradora, aunque no tengo muchas esperanzas. —Se volvió hacia Amos, el vecino—. ¿Qué fue lo que lo trajo a la escena del crimen?

Amos señaló su camioneta en la otra orilla.

—Yo iba conduciendo por el camino que sigue el curso del río cuando oí que Glenda pedía auxilio. Paré y crucé el cauce andando.

Sherman reparó en que los pantalones del hombre estaban mojados de la cintura para abajo.

—Así es —dijo Billy Bob, asintiendo con la cabeza—. Yo llegué en el tractor cuando Amos estaba terminando de cruzar. Utilizamos mi móvil para llamar a la policía. Nadie se ha movido de aquí hasta que llegaron ustedes.

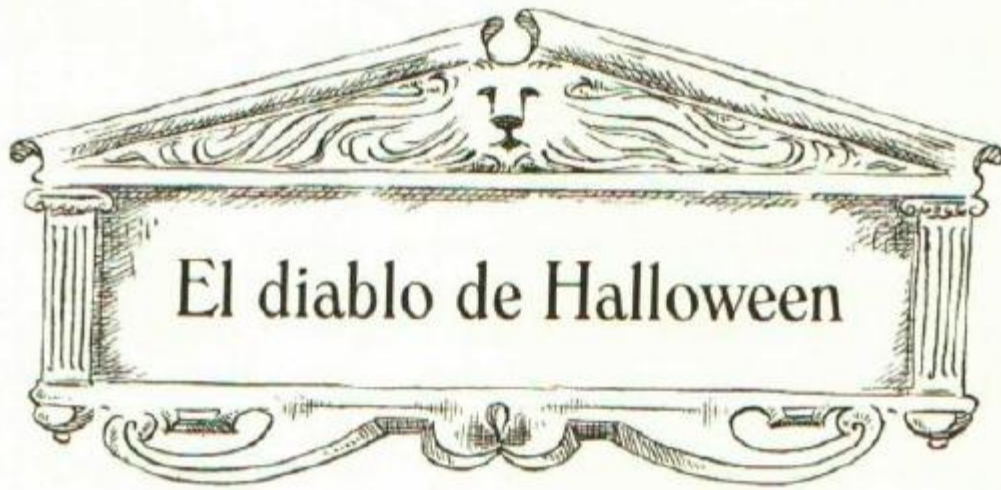
Wilson se alejó unos metros con su amigo.

—Tendremos que interrogarlos por separado. Puede que así demos con un motivo.

—No sé nada acerca de los motivos —susurró Sherman a su vez—. Pero sé cuál de los sospechosos está mintiendo.

¿De quién sospecha Sherman?

¿Sobre qué ha mentado esa persona?



El diablo de Halloween

LA LLUVIA HABÍA CESADO por la tarde, dejando un anochecer frío pero despejado para los que salían a pedir golosinas. Como de costumbre, Sherman se puso su indumentaria de Sherlock Holmes al completo y se mezcló con los adolescentes disfrazados que iban por la calle. Halloween siempre era el momento más feliz del año para Sherman.

Ya había anochecido y Sherman estaba pasando junto un solar vacío cuando oyó un gemido. No hubo ningún movimiento en la oscuridad, pero el observador hombrecillo reparó en un juego de pisadas sobre el barro.

—¡Hola! —llamó, y le respondió otro gemido.



Sherman siguió las pisadas al interior del solar, contorneando los árboles y los barriles llenos de desperdicios, hasta que encontró a un hombre joven desplomado en un rincón. Lo habían apuñalado en el estómago. Las heridas eran algo más que superficiales. Necesitaba atención médica.

—Un tipo con una máscara de diablo —gimió el joven—. Me persiguió blandiendo un cuchillo, sin ninguna razón. Corrí hacia el solar, pero caí y ese tipo me alcanzó. —La herida todavía sangraba—. Debí de pensar que había muerto.

—Se pondrá bien —prometió Sherman—. Voy a buscar ayuda.

Un ulular de sirenas se aproximaba rápidamente. Cuando salió del solar, Sherman vio una ambulancia y un coche patrulla de la policía estacionados una manzana calle abajo. Andando todo lo deprisa que podía, fue hacia la ambulancia e informó de la situación a los camilleros.



—Vayan a por el chico del solar —gritó una voz familiar desde las profundidades de otro callejón cercano—. A ésta ya no le pueden prestar ninguna ayuda. Está muerta.

El conductor de la ambulancia y los camilleros hicieron lo que se les había dicho, dejando a Sherman para que se abriera paso a través del gentío que crecía por momentos. El sargento Gunther Wilson, el dueño de la voz, estaba inclinado sobre el cuerpo de una mujer joven que llevaba un disfraz de ángel.

—¿Apuñalada? —preguntó Sherman.

—Hola. —La voz de Wilson carecía de su sequedad habitual—. Sí, la han apuñalado en el pecho y en el estómago. Parece como si hubiera ofrecido resistencia antes de morir.

Sherman informó a Wilson del otro ataque.

—Encaja —dijo Wilson—. Hace un rato hablaban de un tipo con un disfraz de diablo que se comportaba de una manera muy extraña.

El sargento fue interrumpido por su radio.

—El hombre del solar saldrá de ésta —le dijo a Sherman después de que hubiera hablado por la radio—. Mis chicos encontraron un disfraz de diablo cerca. También han encontrado una máscara y un cuchillo. Esperemos que ésta sea su última víctima.

Wilson le dijo a un agente que rodeara el lugar con cinta policial.

—Y busquen entre la gente. Quiero ver a cualquier varón adulto que no vaya acompañado por críos y no lleve un disfraz.

El agente y su compañero de turno regresaron unos minutos después trayendo consigo a dos hombres que encajaban con aquella descripción tirando a amplia. El primero era bastante delgado y aparentaba no tener mucho más de treinta años. Cuando reparó en las líneas alrededor de sus ojos y el bisoñé negro como el azabache que llevaba, Sherman supo que tendría por lo menos diez años más de los que aparentaba a primera vista. Llevaba una sudadera negra y unos tejanos negros, y calzaba zapatillas deportivas.

—¿Qué estaba haciendo en esta área? —preguntó Wilson.

—Vivo aquí —dijo el hombre, señalando una casa de ladrillo rojo. Las ventanas estaban a oscuras y la casa parecía estar vacía—. Nunca doy golosinas. Estaba en mi dormitorio, viendo la televisión y haciendo como que no oía sonar el timbre. Cuando oí las sirenas, salí. ¿Eso es un crimen?

—No, señor —replicó Wilson, volviéndose hacia el segundo sos-

pechoso, un hombre de veintipocos años que lucía una minúscula perilla e iba bastante despeinado.

—Mi coche se averió en la manzana siguiente —respondió sin que se le tuviera que llegar a preguntar al respecto—. Estaba yendo a pie hacia alguna casa para usar su teléfono cuando me detuvo su amigo el de las botas de motorista.

El sargento se llevó a un lado a Sherman.

—Al menos tenemos un testigo vivo, pero puede que no nos sea de mucha ayuda si el atacante llevaba una máscara.

—Bueno, si nuestro superviviente no puede identificarlo, yo sí que puedo.

—Tenía la esperanza de que diría eso —dijo Wilson con una sonrisa.

¿Quién era el atacante enmascarado?

¿Qué pista lo delató?